

gun le habia aconsejado Hernan Cortés despues de la violenta escena que habia tenido con él, escena que habia presenciado Marina.

Un solo pensamiento le animaba: vengarse de aquella mujer que habia rechazado su amor.

En la batalla de la noche triste fué uno de los que pelearon con más furor, y aprovechándose de la confusion, logró penetrar hasta el centro del ejército de los españoles.

Sabia que allí habia de estar Marina, y al descargar su brazo, en vez de herrir à la hermosa india, quitó la vida al hijo de Moctezuma.

Horrorizado de lo que acabada de hacer, cuando se apoderó del cadáver y reconoció al niño, le abandonó en el campo y corrió al bosque vecino, poniendo fin á sus días de aquella manera tan trágica.

Al hallar el cadáver de Ilbialbi se hicieron por los de la comitiva diferentes apreciaciones.

Los que sabian lo adicto que habia sido á Hernan Cortés, creían que el haber adoptado aquella determinacion habria sido por el remordimiento de haber abandonado á sus hermanos.

Los que sabian que el indio habia peleado en aquella ocasion por la independenciam de su patria, atribuian su muerte á la deslealtad de haber roto los lazos con los españoles, á quienes consideraban como descendientes del gran Quetzalcoal.

Los teopixques explotaban aquel suceso, y las explicaciones que sobre él daban aumentaban más y más el terror de que todos se hallaban poseidos.

Pero la verdad es que desconocian la causa que le habia impulsado á darse la muerte, porque habian creído la falsa relacion que de la muerte del hijo de su anterior monarca les habia hecho Litzajaya. Esto nada tiene de extraño.

¡Quedan tantos sucesos envueltos en el misterio!

Afortunadamente, el historiador descorre siempre una punta del velo para los lectores.

## CAPITULO XC.

### La tela de araña



QUETLAHUACA era débil de carácter y muy supersticioso.

Dicho se está con esto que los teopixques ejercerian gran dominio sobre él.

El que más influencia ejercia con él, el que le dominaba por completo, era Guacolando.

Los sacerdotes sabian la importancia que tenia Cholula como ciudad religiosa.

Deseaban que todos los templos fuesen trasladados á México.

Si conseguian que el monarca accediese á esta peticion, serian verdaderos dueños del imperio, y entónces podrian establecer lo que há tiempo ambicionaban: un consejo de teopixques, al que debiera consultar siempre el emperador ántes de adoptar resolucion alguna en los asuntos del imperio.

Constantes en su propósito, en las conversaciones que con él tenian, procuraban demostrarle que la abyeccion en que habia pasado los últimos dias de su vida Moctezuma, que los males sin cuento que habia sufrido la patria, eran sin duda alguna consecuencias inmediatas de haber desoído sus consejos.

—Los dioses están muy enojados, le decian; su ira solo puede aplacarse por nuestra mediacion. Nosotros no interpondremos nuestra influencia en tanto que no ocupemos el puesto que reclaman nuestros talentos. Nosotros prevemos las grandes catástrofes que nos amenazan: vos podreis remediarlas; si os

dejais alucinar por vuestra soberbia, si desechais nuestras observaciones, arroyos de sangre inundarán las calles de México, miles de cadáveres cegarán los lagos y los canales, y los manes de las víctimas os maldecirán y su sombra se os aparecerá á todas horas, y durante el sueño vereis presentarse ante vuestra vista amenazadores fantasmas, que os exigirán la responsabilidad de vuestra conducta.

Estas conversaciones se grababan en la mente de aquel débil príncipe, y con frecuencia tenia ensueños espantosos.

Una noche despertó sobresaltado.

Habia tenido una vision horrible.

Una culebra como de diez ó doce piés de largo (F) se arrastraba rápidamente hácia su lecho, y sus mirada amenazadoras le horrorizaban.

De pronto se precipitó sobre él, y al enroscarse en su cuello, la violencia del golpe que creyó sentir le hizo despertar.

No pudiendo conciliar el sueño, y dominado por su fanatismo, quiso consultar á un augur sobre aquella vision.

Inmediatamente mandó llamar á uno de los más célebres.

Acudió éste, y despues de oír la relacion del insomnio, exclamó con la mayor seguridad:

—Eso prueba que miéntras tengas como encargado del mando de tus tropas á Guatimotzin, tu imperio se verá continuamente amenazado de mil catástrofes.

El augur se expresaba de esta manera por consejo de los teopixques.

Guatimotzin era valiente, era esforzado, y no daba crédito alguno á los pronósticos de aquellos indignos sacerdotes.

En cuantas ocasiones se le presentaban procuraba destruir la influencia que ejercian sobre el vulgo.

De aquí que se hubiera acarreado la enemistad de aquellos.

No pudiendo frente á frente luchar con él, se valian de cuantos medios les sugeria su imaginacion para hacerle perder el favor que disfrutaba cerca de Quetlahuaca.

El débil príncipe de Iztacpalapa quedó aturrido ante la explicacion que le dió el augur.

Este, despues de consultar á las estrellas y de trazar algunos signos con un pedernal en un trozo de corteza de guayaco, continuó:

—Si no hubieseis despertado tan pronto, hubieras visto que la culebra se convertia en tortuga.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que Guatimotzin es un ambicioso, un traidor que desea arrebatarte el trono. La influencia que ha adquirido en el ejército puede serte muy funesta.

Si no le relevas del mando, tal vez no pasarán muchos soles sin que perezcas á sus manos.

Y sin dar tiempo al monarca á que se repusiera de la cruel impresion que despertaron en él sus predicciones, abandonó la estancia.

Quetlahuaca, obedeciendo al terror que se habia apoderado de su alma:

—Llamaré á Guatimotzin, se dijo; sondearé su ánimo, y si, como no dudo, es cierto lo que me ha indicado el augur, yo sé lo que tengo que hacer.

Mandó avisar al jefe de su ejército.

Sus órdenes fueron cumplidas.

Guatimotzin acudió á aquel llamamiento.

—Estoy á vuestra disposicion, dijo al presentarse ante él.

—Decidme, exclamó con sequedad Quetlahuaca, ¿qué móviles os han impulsado á tomar las armas contra los españoles?

—¿Acaso no lo sabeis? El deseo de librar á mi patria del azote de esos extranjeros, el noble propósito de devolverla su perdida independenciam, la sed de venganza que arde en mi pecho al recordar los excesos de que han sido víctimas nuestros hermanos.

—¿Y no os guía otro interes?

—¿Podeis dudar de la sinceridad de mis palabras?

—¿Quién sabe?

—Explicaos, porque no puedo consentir que se sospeche en lo más mínimo de mi lealtad, que se dude de mi valor.

—Me consta que conspirais contra mí, que tratais de arrebatarme la corona, que procurais ganar simpatías entre el ejército, y que le haceis pomposas ofertas si os ayuda en vuestro criminales intentos.

—Dad gracias á que conozco que os hallais embaucado por las supercherías de los teopixques. Si así no fuera, olvidando todas las consideraciones que os debo como á mi soberano, os arrancaria la lengua para que no insultáseis al que tantas pruebas de adhesion os ha dado, al que se ha sacrificado y se sacrificará hasta verter su última gota de sangre en defensa de la patria.

—Disculpo vuestro furor y desprecio vuestras amenazas, porque bien claramente veo, que al hallar descubiertos vuestros planes, habiais de aparentar indignacion para ocultarlos.

—He dicho y repito, contestó con altanería Guatimotzin, que solo ansío la idependencia, el esplendor de mi patria.

—Para eso basto yo. Y como para nada necesito vuestros servicios, hoy mismo saldreis para Tacuba, donde permaneceréis aguardando mis órdenes.

Y al terminar estas palabras, hizo una señal á Guatimotzin, para que se retirase de su presencia.

El valiente guerrero obedeció, y se dirigió á Tacuba, acariando mil proyectos de venganza.

Cuando llegó á su casa apenas correspondió á las cariñosas atenciones que le prodigó su esposa.

Esta, deseando saber la causa de su afiecion:

—Guatimotzin, esposo mio, le dijo, ¿qué te sucede que rechazas mis caricias, cuando sabes que solo vivo para tí, que eres mi único pensamiento? ¡Ah! . . . Despues de la ausencia en que

hemos vivido, cuando logro verte de nuevo á mi lado, apenas fijas en mí tu atencion, ni pronuncias ninguna de esas palabras que sólo tú sabes y que tan feliz me hacen.

—Perdóname, Guacalcinla; pero la indignacion que arde en mi pecho me tiene loco, y hay momentos en los que quisiera poner fin à mis dias.

—¿Pero que es ello? Me asustas, amado mio.

—Figúrate que cuando me disponia á salir con mi ejército á destruir á esos extranjeros, recibo orden de presentarme á Quetlahuaca.

Acudo á su presencia, y con un cinismo que me ofende hasta recordarlo, me dice que sabe que conspiro, que deseo arrebatarle la corona y otros mil insultos por este estilo.

¡No sé cómo he podido contenerme!

El amor que te profeso, tu imágen querida, que no se separa un instante de mi corazon, me ha dado fuerza para resistir aquellos ultrajes.

Por más explicaciones que le he dado, no ha querido vencerse.

—¡Eso es inícuo!

Guatimotzin prosiguió:

—¡Oh! Pues oye, y juzgarás si tengo motivos para desesperarme. Despues de escuchar las razones que he expuesto para justificar mi conducta, me ha dicho con la mayor altanería que no necesita mis servicios y que me destierra á Tacuba.

De forma que yo tendré que renunciar á mis sueños de gloria, ya no podré realizar mi más ferviente deseo:

Ponerme al frente de mis tropas y exterminar à los extranjeros.

—Pero en cambio vivirás á mi lado, no te alejarás más de esta casa, y con mi cariño lograré que olvides esas penas que te mortifican.

Creeme, bien mio; la gloria es un fantasma tras del que co-

rren los hombres, y cuando más creen acercarse, más se separan de él.

En cambio, los goces purísimos de la familia son la única felicidad estable, duradera, que hay en la tierra.

¡Ah! Mi pena no es tan fácil... que se borre de mi alma.

Guacalcinla rompió á llorar.

—¿Penas tú?... dijo con acento cariñoso Guatimotzin.

—Sí; de mis dos hermanos, uno ha muerto á manos de los españoles, el otro le tienen en su poder.

El esposo de Guacalcinla le dirigió palabras de consuelo y de cariño, y la tranquilidad volvió á reinar en el hogar de los cónyuges.

## CAPITULO XCI.

En el que los teopixques deciden á Quetlahuaca á contraer matrimonio.



OLVAMOS á Quetlahuaca.

Este monarca, cuyo carácter supersticioso, débil, pusilánime, le incapacitaba para seguir los destinos de su patria, creía en su insensatez que por haber obtenido aquel triunfo de los españoles en la batalla de la *noche triste*, no se atreverían á volver, porque si bien es verdad que en Otumba habían sufrido sus huestes, el hecho era que los españoles se habían retirado.

Creía también que, cediendo algo en favor de los tlaxcaltecas, éstos abandonarían á sus aliados, y en este caso nada tendría que temer de los extranjeros.

El príncipe de Iztacpalapa, como todos los que ocupan el sólio sin tener razón de ser, se cuidaba más de lo accesorio que de lo principal.

Mandó que se reparasen todos los desperfectos que había producido la guerra en la ciudad.

Dispuso que su palacio se adornara de una manera espléndida, y desde entonces se entregó por completo á la molición y á los placeres.

Los teopixques, que como ya hemos dicho, trataban de apoderarse completamente de él, fomentaban estas inclinaciones, diciéndole que su alta jerarquía demandaba una vida suntuosa.

Pero no tardaron en comprender que el exceso de los place-